

afección que le dejó ciego. Fué admirable la entereza y serenidad con que soportó esta desgracia. Cuando sus parientes le echaban en cara la inutilidad de sus esperanzas en las buenas obras, él contestaba: «Os ruego que no habléis así; hijos somos de santos, y aguardamos aquella vida que ha de dar el Señor a los que son fieles con El. Como Job, tuvo que sufrir el mal humor de su mujer, que le decía: «Bien claro está que ha salido vana tu esperanza, pues estás recogiendo el fruto de tus limosnas». Es admirable la oración que entonces pronunció el anciano: «Justo eres, Señor, y todos tus juicios, rectos. Misericordia, verdad y justicia tus caminos. Acuérdate de mí, Señor, y no tomes venganza de mis pecados, ni te acuerdes de mis delitos ni de los de mis padres. Porque no obedecimos a tus mandamientos, por eso hemos sido entregados a saco y a cautividad y a muerte para ser fábula y oprobio de las naciones, entre las cuales nos has dispersado».

LAS DESGRACIAS DE SARA

Mientras esto sucedía en Nínive, setecientos kilómetros más al Este, en Ecbatana, la actual Hamadón, era admirada por su virtud y su belleza una sobrina de Tobías llamada Sara. Numerosos jóvenes aspiraban a casarse con ella. Siete pretendientes había tenido, pero todos habían sido muertos por un espíritu malo, a quien la escritura llama Asmodeo, es decir, el corruptor, porque en el matrimonio sólo buscaban la sensualidad y la riqueza de la novia. Y sucedió que un día Sara tuvo que reprender a una de sus criadas, la cual le dijo descaradamente: «¿Acaso quieres matarme también a mí como has hecho con esos siete jóvenes?» Tan hondamente sintió la muchacha este reproche, que se recluyó en la habitación más alta de su casa y en tres días no hizo otra cosa que llo-

rar y rezar. «Bendito seas —decía— y bendito tu nombre, Dios de nuestros padres, que después de haberte enojado, haces misericordia, y en el tiempo de la tribulación perdonas los pecados de los que te invocan. Tú sabes, Señor, que he conservado mi alma limpia de toda concupiscencia. Jamás busqué la compañía de la gente perversa, ni tuve trato con los que se portan livianamente. Tu consejo no está en la potestad del hombre; pero una cosa es cierta: que no te deleitas en nuestra desgracia, pues después de la tempestad haces la bonanza, y tras de las lágrimas haces brotar la alegría.»

A un mismo tiempo fueron presentadas ante el Señor y escuchadas las plegarias de Sara y de Tobías, y en auxilio de ambos fué enviado inmediatamente un ángel llamado Rafael, es decir, medicina de Dios. Así se cumplió entonces lo que expresará más tarde San Pablo con estas palabras: «¿Por ventura no son todos ellos espíritus que hacen el oficio de servidores, enviados de Dios para ejercer el ministerio en favor de aquellos, que han de heredar la salud?».

EL JOVEN TOBIAS

Volvamos ahora a Nínive con el autor sagrado. Tobías envejece, y si la ceguera nubla sus ojos, la tristeza entenebrece su alma. Piensa que Dios le va a llevar pronto de este mundo. Este le trae al recuerdo una cantidad de diez talentos, que en otro tiempo prestó a un compatriota, llamado Gabelo.

Llama a su hijo y le dice: «Luego que Dios recibiere mi alma, entierra mi cuerpo; y honrarás a tu madre todos los días de tu vida, porque debes acordarte de cuantos peligros pasó por ti, llevándote en su seno. No apartes tu rostro de ningún pobre; así conseguirás que tampoco se aparte de ti el rostro del Señor... Y ahora, hijo mío, prepara-